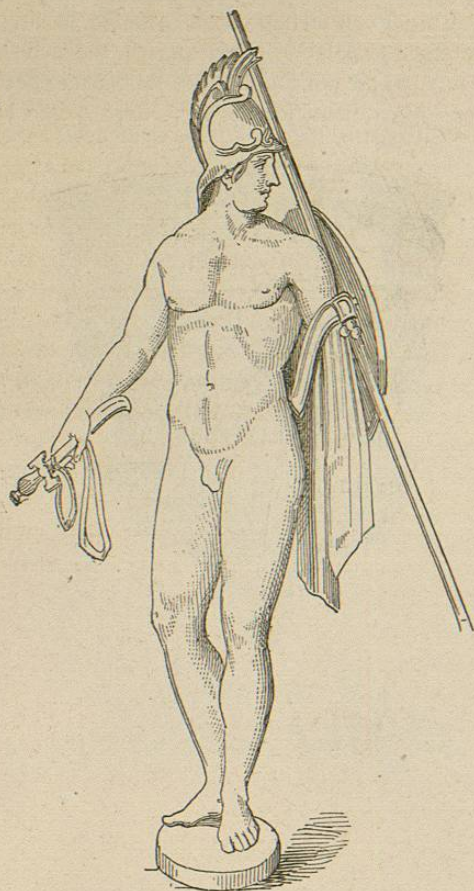


de Escipión las virtudes de la antigua república dándoles algo más elevado. Mientras el espíritu de la rapacidad invadía á Roma, Escipión admiraba á sus conciudadanos con su desprecio del oro, y su inteligencia parece haberse preocupado de los grandes problemas de la ciudad y aun de la vida.

Estas virtudes de Emiliano sedujeron hasta al mismo



Marte (1)

Catón, que esperando encontrar en él al destructor de Cartago, hubo de olvidar por un momento su odio contra los Escipiones. «Sólo este, decía de Emiliano aplicándole un verso de Homero, sólo este ha conservado su razón; los demás, vanas sombras, pasan y se precipitan.» Hemos referido en otro lugar sus servicios militares, sus esfuerzos por restablecer la disciplina y su desinterés en medio de los ricos despojos de Cartago. Enviado á Oriente algunos años después á fin de arreglar los intereses de los pueblos y dar coronas, mostró en estas cortes voluptuosas una desdeñosa sencillez. Llevaba consigo al filósofo Panecio, acaso á Polibio y solamente cinco esclavos; pero á su aproximación, bajaban los reyes de sus carros, y Tolomeo Fiscón olvidaba por él su molición y su divinidad. «Los alejandrinos, decía Escipión á Panecio, nos proporcionan el gusto de ver siquiera una vez andar á sus reyes.»

A su vuelta fué elevado á la censura por el pueblo que rechazó por él la candidatura del orgulloso Claudio. Escipión quiso ejercer este cargo con una severidad saludable; pero se vió contrariado en todas sus medidas por la debilidad de su colega Mummio. Así, decía al pueblo que habría justificado su confianza, si hubiera tenido ó no hubiera te-

(1) Roux: *Herculano y Pompeya*, t. IV, p. 63. De una pintura de Pompeya, que no supo dar al terrible día de los romanos sino una muelle y afeminada elegancia.

nido colega. Guardar las antiguas costumbres, la sencillez, la disciplina, y á vueltas de esto honrar las nuevas musas hasta ayudar acaso á Terencio, eran los deseos de aquel noble espíritu. A su alrededor acudían identificados por los mismos estudios los Fanios, uno de los cuales dió su nombre á la primera ley suntuaria, y el otro fué un elocuente adversario de los Gracos; Sempronio Aselio, autor de una historia de la guerra de Numancia, en que se batió como tribuno legionario; el virtuoso Rutilio Rufo, que escribió en griego una historia de Roma y en latín sus propias memorias; el historiador Celio Antipater, su sobrino Tuberón, y su amigo el sabio Lelio, del cual habla tan honrosamente Cicerón en la *Amistad* (2).

Pero lo que distingue á Emiliano de todos los romanos de aquel tiempo es una elevación de ideas desconocida hasta entonces entre los ávidos y groseros habitantes de la ciudad de Marte. Había llorado sobre Cartago, y herido por aquellas fatales revoluciones de los imperios, se espantaba del porvenir de Roma. Cuando á la clausura del lustro, el heraldo, según el uso, pidió á los dioses que hicieran más grande y próspera la fortuna romana: «¡Es bastante buena, es bastante grande! exclamó; pidamos sólo á los dioses que la conserven sin detrimento.» Había comprendido muy bien los peligros que corría la república, y con inquieta mirada seguía aquella lenta descomposición de las costumbres, de las ins-



Un negro (3)

tituciones, del pueblo mismo. Acaso hubiera podido atajarla: Cicerón lo creyó; y el título que aceptó después de patrono de los italianos, la tentativa hecha por su amigo Lelio

(2) C. Laelius Sapiens era hijo de C. Lelio y amigo y compañero de armas de Escipión el Africano.

(3) Museo del Louvre, núm. 354 del catálogo Clarac. Este negro, vestido con ropa rayada de varios colores, es un precioso espécimen de la escultura policroma.

durante su consulado para provocar una repartición de tierras del dominio, muestran que hubiera puesto mano audazmente en los abusos. Tiberio, dice Plutarco, no hizo más que renovar los proyectos de Escipión. Pero ¿cuáles eran estos?

Cicerón, siempre tan fiel en sus *Diálogos* al carácter de los personajes que hace hablar, pone en boca de Escipión el elogio de una monarquía templada, de un gobierno mixto, en que rey, nobles y pueblo se equilibraran armoniosamente (1). En otro lugar recuerda que «su lectura favorita era la *Ciropeya*, libro en que no se olvida ninguno de los deberes de un gobierno activo y moderado»; pero este libro es también el cuadro ideal de una monarquía absoluta, aunque benéfica (2).

¿Pensaba pues Escipión, un siglo antes del imperio, que Roma no podría salvarse sino á costa de su libertad? Se encuentra también la idea confusa de un gran cambio, necesario para la salud del Estado, en este pasaje del *Sueño de Escipión*, donde el Africano dice á su nieto: «La república toda se volverá contra tí: el senado, los hombres de bien, los aliados, los latinos, pondrán en tí solo su última esperanza, y tú, dictador, regenerarás la república, si puedes escapar de las impías manos de tus émulos.» Después le mostró más allá de todos los mundos, en medio del divino concierto de las esferas celestes, un punto brillante de estrellas y resplandeciente de luz, donde á los ojos de Dios gozan una felicidad sin límites los que han salvado ó engrandecido su patria. «Del cielo vienen, le dijo, y al cielo vuelven los caudillos desinteresados y los salvadores de los pueblos. Allí está la vida verdadera; la vuestra no es más que la muerte. ¡Valor pues! Ejercita tu alma inmortal en los más serios trabajos; sobre todo, vela por la salud de la patria: es el estudio más digno de tu inteligencia. Habituaado así tu espíritu á estos nobles cuidados, vuela más fácilmente hacia su destino supremo, mientras el alma del que no ha conocido más que sensualidades y groseras pasiones vaga mi-

serablemente al rededor de vuestro globo azotada siglos y siglos por la tormenta» (3).—Por desgracia no pudo siempre Escipión velar por ella. Lejos estaba, á las puertas de Numancia, cuando estalló la revolución; á su vuelta, había entrado ya en las vías de sangre y violencia, de donde no era posible ya sacarla y donde él mismo encontró la muerte. Y era que, excepto él acaso, todos cerraban los ojos ante la gravedad del mal y nadie pensaba en el medio de curarlo (4). Como aquellos viejos senadores que sentados en sus sillas curules, esperaban impasibles y dignos que los galos aparecieran, los Escévolas, los Calpurnios, los Tuberones, creían hacer bastante por su patria dando el ejemplo de una vida sin lucha, y dispuestos á morir, pero incapaces de luchar, dejaban en su pasiva virtud que llegaran los días de desgracia. Estoicos en su mayor parte, sabían mejor sufrir que obrar; jurisconsultos, permanecían aferrados á la antigua legalidad, y no veían que la república como un enfermo desahuciado, tenía necesidad de remedios heroicos, que sólo podía darle una nueva legislación.

Ha de perdonársenos este largo estudio de los morbosos fenómenos y de las fuerzas de renovación que deja ver la república romana después de sus grandes guerras. La revolución moral que acabamos de estudiar vale por muchas narraciones de batallas, porque explica previamente la revolución política, cuyas sangrientas peripecias tendremos que seguir durante un siglo. Estos cambios que se producen silenciosamente en el seno de las sociedades vivientes son semejantes á los que se producen en el Océano: aquí surgen escollos lentamente del fondo á la superficie, y poderosos navíos vienen á estrellarse en parajes por donde antes corrían las olas libremente; allá, bajo la ola movediza también de los negocios humanos, nacen y se desarrollan nuevas necesidades, escollos en que perecen las viejas instituciones, cuando los pilotos no son bastante expertos para verlos desde lejos y esquivarlos.

## CAPITULO XXXVIII

### LOS GRACOS

#### I. — PRIMERA SUBLEVACIÓN DE LOS ESCLAVOS.

El último siglo de la república romana no trajo más que tres grandes guerras: la de los cimbrós ó cimbrios, la de Mitridates y la de los galos. Sin embargo, ningún período de la historia fué más sangriento, como quiera que, durante todo un siglo, no cesaron los romanos de volver sus armas contra sí mismos. Los vencedores del mundo se mataban unos á otros por saber quién había de aprovechar su conquista.

Estas guerras civiles se complicaron aun con incidentes inesperados: los súbditos se mezclaron en las contiendas de sus amos y cada uno de los oprimidos tuvo su día de libertad y de venganza; extrañas y salvajes saturnales que acabaron de borrar los privilegios, de mezclar los pueblos, de nivelar las condiciones, de confundir las ideas hasta que un nuevo espíritu, un nuevo mundo saliera del caos de las antiguas ideas y de las viejas instituciones.

(1) *De Rep.*, I, 30; *Ep. ad Quint.*, I, 1.

(2) Para Cicerón, el consulado representaba la monarquía. Ya lo veremos procurar establecer este equilibrio entre las clases de la sociedad romana.

Al desinterés, al heroísmo de los días juveniles ha sucedido la turbulenta ambición de la edad madura: en vez de grandes partidos, no habrá ya más que grandes hombres, que sin conciencia de ello, y á veces á pesar de sus crímenes, servirán la causa de la humanidad. Roma y su espíritu y su pueblo se borrarán cada vez más, y este movimiento que sin cesar lleva á su foro y á su curia otros hombres y otras ideas, refluirá sobre el mundo y arrastrará lejos de ella hasta las llanuras de Tesalia, de Macedonia y de Africa á los caudillos que no se avergüenzan ahora de llamar á las armas para arreglar sus destinos. Los Gracos, revolucionarios pacíficos, á ejemplo de los antiguos tribunos, combatirán y morirán en el Capitolio y el Aventino; pero Mario y Sila tomarán á Italia por campo de batalla y César y Pompeyo el universo romano.

Estos tres grandes nombres, los Gracos, Mario y Sila se ñalan así tres grandes divisiones en la historia del último

(3) *Multis exagitati seculis*. Esta imagen recuerda el Círculo de Dante (*Inf.*, c. V), donde incesantes remolinos arrebatan á los condenados del amor.

(4) En la *República* de Cicerón, Lelio también se indigna contra Escévola y Tuberón que se preocupan más de la aparición de dos soles en el cielo que de la situación de la república.



siglo de la república. Los tres son vencidos: Mario por sus incertidumbres, los Gracos y César por el asesinato, y los nobles triunfan. Pero á cada adversario que cae, ven levantarse enemigos más y más numerosos que extreman más la contienda. En las antiguas luchas no tenían enfrente más que á los plebeyos; ahora son todos los oprimidos, pobres de Roma, italianos, esclavos, provinciales. Dos veces en el espacio de treinta años se levantaron en armas: á los Gracos responden Saturnino y Cinna; á la insurrección de Fregelas, la guerra social; á Euno, Atenión, y á las quejas de las provincias la sublevación del Oriente bajo la conducta de Mitridates y la del Occidente con Sertorio á la cabeza.

Todos cayeron, es verdad, bajo la mano de Sila y sus tenientes; pero si no ganaron aisladamente su causa, combatieron á lo menos para no tener más que un jefe supremo, y la revolución que reemplazó con la monarquía la dominación de los nobles, fué en parte obra de ellos.

Los tiempos que siguieron á la segunda guerra púnica habían preparado la ruina de la libertad republicana, y el siglo que precedió á la batalla de Accio hubo de consumar la engendrando, en medio de indecibles dolores, la monarquía, pero también la paz pública, que fué, durante dos siglos y medio, la justificación del imperio.

De aquellos oprimidos, los primeros que tomaron las armas fueron los que más sufrían, y la sublevación de los esclavos sicilianos comenzó aquella sangrienta era.

El mundo antiguo menospreciaba la industria tanto como la honra el mundo moderno. Hoy que esta lucha contra la naturaleza ha tomado proporciones grandiosas, hoy que exige los más nobles esfuerzos de la inteligencia, la industria se ha espiritualizado, por decirlo así, y proponiéndose por objeto no aumentar el lujo y los desórdenes de algunos, sino el bienestar de todos, ha legitimado su poder y ennoblecido felizmente el trabajo. Los antiguos no conocían más artes que la elocuencia y la guerra, otro teatro para su actividad que el foro para ganar al pueblo, y el campo de batalla para esclavizar al enemigo; en una palabra, obrar sobre el hombre con la palabra ó con las armas, pero no sobre la naturaleza física, que desdeñaban á fuerza de frugalidad, ó á la que sólo exigían groseros placeres. Los dos oráculos de la sabiduría antigua, Cicerón (1) y Aristóteles decían: «A los esclavos pertenece todo lo que exige el empleo de las fuerzas corporales, á los ciudadanos lo que pide el ejercicio de la inteligencia, excepto la guerra para defender la ciudad, y la agricultura para sustentarla (2).» Hay grandeza en esta teoría; mas por desgracia envilecía el trabajo separándolo de la inteligencia y de la libertad, condenaba á la pereza y á las revoluciones al pobre de condición libre, y haciendo del esclavo un instrumento, una máquina con cara de hombre (3), creaba todos los peligros de la servidumbre.

El mismo desprecio que en el interior de la ciudad tenía

(1) Aun para Cicerón, el esclavo representaba el mal, y definía así la autoridad del amo: *Domini servos ita fatigant, ut optima pars animi, id est sapientia (fatigat) ejusdem animi vitiosas imbecillasque partes, ut libidines, ut iracundias, ut perturbaciones ceteras.* (S. Ag., *Cont. Jul. Pelag.*, IV, 12-61.)

(2) Aristóteles dice: «Es evidente que unos son naturalmente libres y otros naturalmente esclavos, y que para estos últimos la esclavitud es tan útil como justa.» (*Polít.*, I, 1, 4.) Si Platón acepta la esclavitud como un hecho consumado, á lo menos, no la justifica. En su *República* ideal no hay esclavos; pero en sus *Leyes* es implacable con ellos. Sobre la cuestión de esclavos, véase la *Historia de la esclavitud en la antigüedad*, por M. Wallon. Es la obra clásica sobre la materia.

(3) La ley Aquilia no hacía distinción ninguna entre el bruto y el esclavo: el que mataba un buey de labor ó un esclavo pagaba una compensación igual al precio más elevado que el animal y el hombre

para el esclavo el ciudadano, tuvieron los pueblos guerreros en el exterior para los pueblos trabajadores, y el mundo antiguo, sin derecho de gentes ni política general, aparecía como una sangrienta arena donde fueron los vencidos todos los pueblos industriados. Atenas cayó bajo la ruda mano de Esparta; Mileto y Focea bajo el hierro de los persas; Tiro á los pies de Alejandro, y á los de Roma, Tarento, Siracusa y la más grande y laboriosa de todas, la célebre Cartago. La razón de esto es sencilla: habiéndose cambiado los habitantes de aquellas ciudades en ricos voluptuosos ó en tímidos artesanos, tuvieron que confiar su seguridad y fortuna á soldados mercenarios, que no podían resistir á las tropas nacionales de los pueblos belicosos. Como estos veían en todas partes que la flaqueza acompañaba siempre á la industria, miraban con desdén supremo el ejercicio de las artes útiles, y entre ellos, el más pobre se resignaba difícilmente á buscar en ellas un recurso contra la miseria. Únicamente los esclavos y los libertos tuvieron por mucho tiempo las fatigas, pero también los provechos del trabajo.

En el tiempo de las costumbres sencillas y frugales, tuvo Roma pocos esclavos; pero creciendo luego las necesidades con la riqueza, fueron menester brazos más numerosos para satisfacerlas. La guerra proveía en abundancia todos los mercados, siendo el prisionero esclavo de derecho, *ex jure gentium*. Ya hemos visto que P. Emilio, Sempronio Graco y Emiliano habían vendido esclavos. Mario entregó al mercado ciento cuarenta mil cimbros y ambrones. En una sola ciudad, sacó Cicerón en tres días de la venta de los prisioneros un valor equivalente á 2.500.000 francos. Pompeyo y César se jactaban ambos á dos de haber vendido ó matado dos millones de hombres (4). En tiempo de paz, se hacía el trato, no ya sólo por los piratas que infestaban el mar, sino también por las legiones y los cónsules. Popilio Lena vendió de una vez diez mil estatuas, y Casio millares de montañeses.

En los tiempos modernos, gracias á lo menos á la aristocracia de la piel, sólo el negro tenía que temer la esclavitud. En otro tiempo, la posesión equivalía al título; la violencia aseguraba el derecho, y mujeres, niños y hombres eran arrebatados en los caminos y aun en las ciudades; porque el hombre era entonces el principal medio de cambio, el género que producía más ganancia, estando su débito asegurado y siendo fácil su adquisición. ¡Cuántos ilustres personajes no caían así en la servidumbre, por no hablar más que de Platón, de Diógenes y de Terencio (5)! La ley de la ciudad no reconocía ya al ciudadano á quien la violencia había arrebatado la libertad, y permanecía á sus ojos, aun después de emancipado marcado con una mancha indeleble; y si quería recobrar sus derechos, debía volver, sin ser visto, por la puerta secreta del *impluvium* para que la ley aceptara la excusa de la ausencia. Pero todavía, si su mujer se había vuelto á casar, era lícito este segundo enlace.

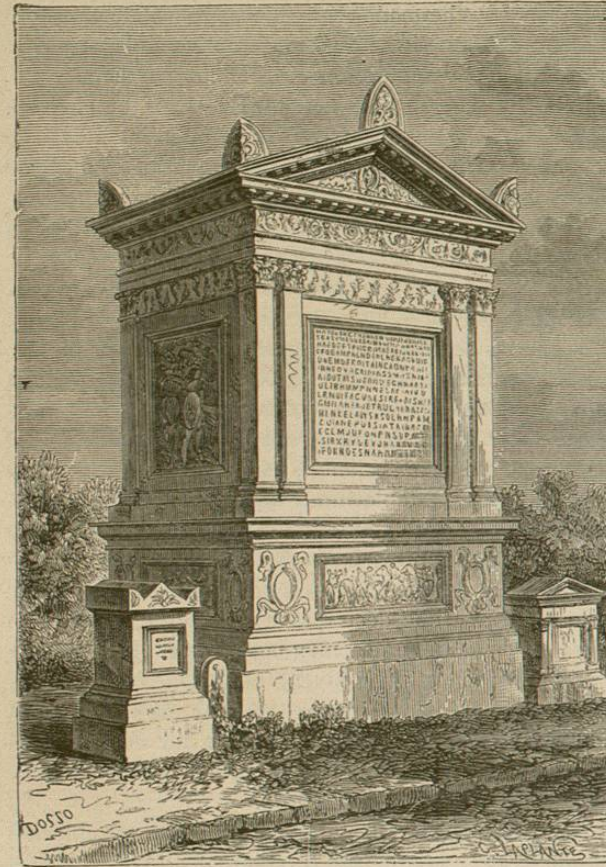
A falta de guerra y de piratería, el comercio regular surtía de esclavos los mercados. Rodeado de un cinturón de

habían alcanzado en aquel año (Gayo, III, § 210). *Servile caput nullum jus habet.* (Digest., IV, 5, 3, § 1.)

(4) Plin., *Hist. nat.*, VII, 27; Plut., *Caes.*, 19. Por lo común la guerra no acababa entre dos ciudades rivales sino por la venta en masa del pueblo vencido. Sicione vendió así á todos los habitantes de Pelene; Esparta á los de Elea; Atenas á los de Calcis; Tebas á los de Platea; Alejandro á los de Tebas; Demetrio á los de Mantinea; Roma, en fin, á los de Capua, de Numancia, de Corinto, de Cartago, etc. (De Saint-Paul: *Disc. sur l'esclav.*, p. 71.)

(5) Añádase: Fedon, el amigo de Sócrates y el fundador de la escuela de Elea; Esopo, Fedro, Andrónico, Gnifón, maestro de Cicerón; C. Meliso, el fundador de la biblioteca Octaviana, y la mayoría de los gramáticos ilustres que cita Suetonio.

pueblos bárbaros, encontraba el mundo romano, como los negreros en la costa de Africa, una multitud de pequeños caudillos que vendían sus prisioneros, y en caso de necesidad, sus propios súbditos. De los extremos de la Galia, de la Germania y de la Escitia, bajaban incesantemente hacia las orillas del Mediterráneo largas hileras de bárbaros encadenados que conducían los traficantes de Marsella, de Panticapea, de Fanagoria y de Dioscurias. Venían hasta bretones. Es una prueba de la extensión y actividad de este comercio que los germanos cuyas fronteras no habían tocado aún las legiones romanas, fueron bastante numerosos en el ejército de los gladiadores para formar una división



Sepulcro de un liberto de Pompeyo (1)

aparte. Algún dinero, algunas telas, armas, ó los géneros de que se carecía; en Tracia y Africa, sal, y en Galia, vino, eran los objetos del cambio. Entre los galos, dice Diodoro, por la copa se tiene al copero; Utica y Egipto suministran negros; Alejandría gramáticos; los mercados de Sidón y de Chipre, asiáticos inteligentes y dóciles, pero corrompidos; la Grecia sus graciosos niños y sus hermosas jóvenes; el Epiro y la Iliria, buenos pastores; la Germania, la Galia y la Tracia, gladiadores; la Capadocia, vigorosos pero estúpidos trabajadores. Los españoles tenían mala reputación, pues se les creía inclinados al asesinato y al suicidio. Todo el mundo bárbaro, todos los pueblos vencidos estaban así representados en las ergástulas de Italia; y Espartaco pudo dividir sus compañeros por lenguas ó naciones, galos, tracios, germanos, etc.

(1) Canina: la *Prima parte della via Appia*, t. II, p. xx. Este sepulcro, situado en la vía Appia entre los límites millarios cuarto y quinto, no es el de Demetrio, el riquísimo liberto del gran Pompeyo, sino el de un miembro de su familia, que ni Borghese ha podido determinar á causa del deterioro de su inscripción. Damos, sin embargo, la restauración de Canina, para que se vea cuánto imitan nuestros monumentos funerarios los de la antigüedad romana.

En Sicilia abundaban más los asiáticos y los sirios: estos eran, sobre todo, deudores insolventes, hombres arruinados ó vendidos por sus padres y sus príncipes para pagar el impuesto, y á veces por sí mismos, entregándose para salvar á sus familias. Recuérdese que el tipo de interés en las provincias llegó al 48 por 100 y que los publicanos encargados de la recaudación del impuesto, cometían espantosas exacciones, y se comprenderá que se vendieran poblaciones enteras para librar á las ciudades, á las provincias ó á los reyes. Cuando Mario pidió socorros al rey de Bitinia, contestó Nicomedes: «Vuestros publicanos no me han dejado más que niños y ancianos.»

Así se aglomeraban en las casas y en las villas innumerables multitudes: Catón de Utica, célebre por su sencillez, no tenía menos de quince esclavos para servirlo en el campo; Damófilo, oscuro propietario de Sicilia, poseía cuatrocientos, y los negociantes romanos establecidos en Utica, Craso, un liberto de Pompeyo, Demetrio y otros tenían bastantes para formar un ejército (2). Pompeyo reclutó un cuerpo de trescientos jinetes entre sus pastores, y la familia de César eran tan numerosas, que más de una vez hizo temblar al senado. Claudio Isidoro se quejaba de que las guerras civiles no le hubieran dejado más que 4.116 esclavos. Escauro que construyó un teatro capaz de ochenta mil espectadores, sostenido por trescientas sesenta columnas y adornado con tres mil estatuas, tenía 8.000 esclavos, y Ateneo da hasta 20.000 á ciertos particulares.

Un estado contra la naturaleza no puede sostenerse sino con leyes del mismo género, contra la naturaleza también. Para condenar á la servidumbre, es decir, al trabajo forzado y al dolor, y á veces á la infamia al hombre antes libre, guerrero, caudillo acaso, encadenado por la guerra, era menester una presión tanto más fuerte, cuanto más enérgica era la resistencia moral. De aquí aquella dureza con el esclavo y aquellas leyes de sangre que formaban el *código negro* de la antigüedad (3): «Ni un momento de reposo para el esclavo,» decía Aristóteles. — «Que duerma ó que trabaje,» añadía Catón. No convenía que pensara. Otros para sujetarlos por el hambre apenas los sustentaban: «No tomes, decían también algunos hábiles, no tomes esclavos pertenecientes á una nación libre, porque son muy de temer; ten pocos del mismo pueblo para que no puedan entenderse ni menos concertarse, porque tantos esclavos, tantos enemigos; háblales con monosílabos para tenerlos en respeto; trátalos como animales fieros y haz su alma veinte veces más esclava á fuerza de correa» (4). Se les llamaba raza herrada, *ferratile genus*.

El amo tenía sobre el esclavo derecho de vida y muerte, *vita, necisque potestatem*. Por un leve delito, por una falta, y á veces por un capricho ó genialidad del amo, sucumbía el esclavo bajo las varas, en una cruz, aplastado entre dos ruedas de molino ó abandonado en la dura tierra, con los pies cortados, y las manos y los labios y la nariz, ó suspendido en el aire por cuatro garfios de hierro y devorado vivo por las aves carniceras. Si por vengar horribles y largos tormentos, un esclavo daba muerte á su amo, aunque él mismo así lo declarara haciéndose el único responsable, todos sus compañeros de servidumbre perecían en los tormentos, porque si no eran cómplices de hecho, lo eran de intención, y después de todo eran culpables por no haber defendido

(2) Este liberto de Pompeyo dejó á su patrono 4.000 talentos, equivalentes á más de veinte millones de francos (Plut., *Pomp.*, 2).

(3) Justo Lipsio, *de Cruce*; Lauren., *de Tormentis*. En Plauto, decía un esclavo: *Scio crucem futuram mihi sebulcrum: ibi mei sunt majores sili, pater, avos, proavos, abavos.*

(4) Sénec., *Ep.*, 47.



al amo. Polión, el favorito de Augusto, hacía echar vivos sus esclavos á las murenas, y el mismo Augusto hizo crucificar á uno de sus mayordomos por haberse comido una codorniz.

Si, para sustraerse á estos tormentos, á las prisiones subterráneas, al látigo siempre levantado del capataz (*lorarius*) el pobre esclavo huía á las montañas, muy luego se le perseguía como bestia brava, y sin ninguna duda era reconocido por su cabeza rapada, por sus espaldas cubiertas de cicatrices, por sus pies estropeados por los grillos, por la marca de hierro candente impresa en su frente con el nombre de su amo, ó con estas palabras: *Soy un fugitivo; soy un ladrón*, etc. Entonces expiraba á palos; á menos que no lo salvara la misma avaricia del amo, el cual en este caso, lo enviaba á las minas, á un molino, de donde no salía más.

«Allí, dice Diodoro, no hay descanso ni conmiseración; hombres enfermos ó mutilados, mujeres, ancianos, todos, á fuerza de golpes, trabajan hasta que se caen exánimes.» — ¡Oh dioses! exclama á su vez Apuleyo al entrar en un molino. ¡Qué gente tan raquítica, con la piel lívida y señalado todo el cuerpo de latigazos! Todos tienen una letra marcada en la frente y una argolla al pie, los cabellos cortados por un lado y desnudos. Nada causa más repugnancia de ver que aquellos esqueletos con los párpados escoriados y corroidos por los ardientes vapores del humo» (1).

Con esto eran tan comunes el suicidio y la fuga, que en Roma se concedió la acción redhibitoria al comprador que no fuera advertido previamente de que el esclavo, objeto de la compra, había ya huido ó intentado suicidarse.

El esclavo no poseía nada, ni siquiera su nombre. Su peculio ahorrado á costa de su reposo y de su alimento, estaba á disposición del amo que podía tomarlo como cosa suya; no tenía mujer ni hijos, y si por azar los tenía, como dice Aristóteles, pertenecían también á su amo. Cuando se invalidaba para el trabajo por enfermedad, vejez ó otra causa, se le llevaba al rededor del templo de Esculapio y ya allí su vida ó su muerte corría á cuenta del dios.

He aquí el primer acto de este drama doloroso que forma la historia del trabajo; la edad media verá el segundo con los siervos del terruño, y los tiempos modernos el tercero con el proletariado. Pero á pesar de las emancipaciones sucesivas, la guerra entre el trabajo y el capital no ha terminado por desgracia. Venga pronto la solución, que ha de establecer, en fin, la paz en este mundo, aun tan perturbado.

Como las ciudades edificadas sobre un volcán, las sociedades que reposan sobre la esclavitud sienten siempre temblar el suelo por debajo de ellas. Seis veces tuvo el senado que reprimir las revueltas parciales de los esclavos, antes de tener que combatir la formidable insurrección de Euno. Este sirio esclavo en Sicilia, había predicho que sería rey y asegurado su profecía con un milagro: hablando echaba llamas por la boca; mas todo el prodigio consistía en una nuez llena de azufre que ocultaba en ella. Sea como quiera, había adquirido con estas y otras imposturas grande autoridad sobre sus compañeros de infortunio, cuando la crueldad de un amo, el rico Damófilo, de la ciudad de Enna, suscitó un levantamiento. Sus cuatrocientos esclavos rompieron sus cadenas y se lanzaron al campo, volviendo muy luego en son de guerra á la ciudad, donde degollaron á todos sus habitantes. Damófilo sirvió mucho tiempo de juguete á su venganza y sólo respetaron de su casa á su hija, que siempre les había mostrado compasión.

(1) Apul., *Metam.*, IX.

Un movimiento semejante hubo de estallar en Agrigento y cinco mil hombres fueron á reunirse con los esclavos de Enna que habían tomado por jefe al profeta sirio con el nombre de rey Antíoco. En cuanto hubo un campamento, un sitio de refugio, de todos los puntos de la isla fueron acudiendo esclavos, y en algunos meses llegó á reunir Euno un ejército, fuerte de setenta mil hombres. Era el tiempo de los vergonzosos desastres sufridos por los romanos delante de Numancia y con la misma mengua se renovaron en Sicilia, pues cuatro pretores y un cónsul fueron batidos sucesivamente. Dueños de Enna en el centro de la isla, doscientos mil esclavos llevaban el terror, desde Mesina hasta Lilibea, mientras desde Tauromenio, situada en la costa, mostraban á sus hermanos sus cadenas rotas. De un extremo á otro del imperio se estremecieron los esclavos y algunas explosiones descubrieron el incendio que sorda y progresivamente iba ganando terreno. En Delos, en el Atica, en la Campania, en el mismo Lacio, hubo intentonas de rebelión. Por fortuna de Roma, aquellos grandes focos de esclavos estaban separados por mares ó por países mal poblados. Entonces, como después, no pudo la insurrección pasar el estrecho, porque las provocaciones que venían de Sicilia se perdían sin eco en las soledades del Brucio y de la Lucania.

Las guerras serviles tienen siempre un carácter salvaje. En este levantamiento contra una sociedad que les imponía tan insupportables dolores, no procuraron los esclavos más que satisfacer su venganza y sus brutales pasiones: más crueles y viciosos que sus amos, no se propusieron cambiar en nada el orden establecido, y aquellos hombres que llevaban la marca de los hierros, ni siquiera protestaban contra la servidumbre. Euno hacía esclavos á los operarios de libre condición de que tenía necesidad. Nos cuesta mucho decirlo, pero hay que decir que la victoria de los esclavos hubiera sido una desgracia muy lamentable. Nuestros *Jacques* ó *Bonachones* valían mucho más. ¿Qué consiguieron de su alzamiento? No debemos anticipar los tiempos. La esclavitud, es decir los trabajos forzados, ley universal del mundo antiguo, no debía caer sino el día en que se rehabilitara y organizara el trabajo libre.

En 133, Calpurnio Pisón, después de haber restablecido la disciplina del ejército, hizo levantar á los esclavos el sitio de Mesina; Rupilio su sucesor les tomó á Tauromenio, después de haberlos reducido por el hambre á comerse sus mujeres y sus hijos; Enna le fué entregada por traición. Desde entonces se dispersó el ejército quedando sólo bandas sueltas, muy perseguidas y hostigadas en las montañas. Todos los que cayeron prisioneros perecieron en los suplicios. El *rey Antíoco*, que no había tenido valor para suicidarse, fué aprehendido en una cueva con su cocinero, su panadero, su bañero y su bufón, y todos ellos murieron en un calabozo.

Rupilio estudió el medio de evitar otra sublevación semejante y al propósito dió un sabio reglamento, que la codiciosa avidez de los patronos echó muy luego en olvido (2).

La insurrección de los esclavos estaba pues terminada; pero ahora comenzaba la guerra civil.

## II.—TIBERIO GRACO.

En Inglaterra, llenó por mucho tiempo la nobleza con sus propios miembros las dos cámaras del parlamento: los jefes de las familias ilustres tomaban asiento en la cámara

(2) Véase sobre esta guerra á Diod., fragmentos del libro XXXVI; Valer. Max., *passim*; Flor., III, 19.

alta como pares hereditarios; los segundones en la cámara baja como elegidos por los colonos, y de este modo la aristocracia era dueña del país. Algo análogo en el fondo, aunque bien diferente en la forma, existía en Roma antes de los Gracos. Los hijos mayores de las ilustres familias llenaban el senado y los menores el colegio de los tribunos: de modo que el mismo espíritu, el interés mismo reinaba en la plaza pública y en la curia. Con esto, los considerados por el pueblo como sus defensores, cuyo impulso recibía para sus resoluciones y votos, no eran sólo amigos de la nobleza, eran nobles también. En virtud de esta ocupación, digámoslo así, de todas las avenidas del poder, del poder mismo y de los cargos que habían de ejercer su función, el cuerpo aristocrático dominaba en el senado, donde se gobernaba, y en el foro, donde se formaban en otro tiempo las tempestades contra el gobierno; pero las tempestades volverán á desencadenarse, cuando lleguen al tribunado nobles, que renunciando al espíritu de su casta, tomen en sus manos los intereses populares.

Los primeros de estos nobles, sinceros amigos del pueblo y servidores leales del Estado, fueron los Gracos.

Si una herencia de gloria obliga á grandes cosas, los Gracos, descendientes de Escipión é hijos del conquistador de Cerdeña y de España, debían elevarse mucho para ser dignos de sus mayores.

Esta gloria de la familia Sempronio tenía un carácter particular. Las hazañas militares no faltaban en ella, pero además se encontraba en su seno una generosa simpatía hacia los oprimidos. En Sempronio fué quien consintió en mandar aquel ejército de esclavos, cuyo valor tanto contribuyó á salvar á Roma, después de Canas, y en el campo de batalla á todos los emancipó, devolviéndoles la libertad. El conquistador de España fué también su pacificador, y su nombre era tan venerado en las montañas de la Celtiberia, como popular en Roma; popularidad debida á un gran carácter que se impone con sus virtudes cívicas, no favor solicitado con lisonjas. «Hombre prudente y grave,» dice Cicerón, «justo é inflexible,» añade Catón, que veía en él un romano de los antiguos tiempos, pues Sempronio Graco fué siempre celoso defensor de la antigua constitución. Sostuvo la religión, quebrantada por las nuevas ideas, y mientras combatía con mesura y dignidad á los Escipiones y á los grandes, con una mano reprimía á los publicanos y con otra relegaba á los libertos á una sola tribu (1), luchando á la vez contra la multitud extranjera y contra la nueva aristocracia para dejar en el foro espacio libre á lo que quedaba del verdadero pueblo romano. En las grandes familias de Roma no se olvidaban estas tradiciones domésticas, y cuando Tiberio presentó su ley agraria, no fué por enojo con el senado, dígame lo que se quiera, sino por su buen deseo de aliviar miserias sobre las cuales sin duda había llorado su padre, previendo grandes trastornos y desgracias.

Tiberio y Cayo perdieron en edad temprana á su padre; pero Cornelia lo reemplazó dignamente; ella misma dirigió la educación de sus hijos, pero rodeándolos de los mejores maestros de la Grecia. En la elocuencia de ellos, encontraba Cicerón la de la madre, cuyas cartas había leído. Se le ha reprochado su ambición, porque reprendía que se la llamara la suegra de Emiliano y no la madre de los Gracos. Tuvo, en efecto, una ambición, pero noble y legítima: Cornelia hubiera querido que sus hijos salvaran á su patria; y fácilmente se perdona á la hija de Escipión haberse elevado por encima de las debilidades y del egoísmo del amor

(1) Véase su censura en Tito Livio, *ad Ann.*, 169 (XLV, 15). Su mujer Cornelia le dió doce hijos, de los cuales hubieron de morir nueve en tierna edad. Una de sus hijas se casó con Escipión Emiliano.

maternal. En cuanto á ella misma, no deseaba ni quería más adorno que la gloria de sus hijos; abnegación indudable, pues rehusó la mano de un Tolomeo y con ella la corona de Egipto (2). Si Tiberio hubiera triunfado, lejos de acusar á Cornelia, se habría adorado la divinidad de su madre, como ella misma lo dice en una elocuente carta (3).

Tiberio, nueve años mayor que Cayo (4), se distinguió entre todos los jóvenes de su edad por su carácter grave y dulce á la vez, no menos que por virtudes, que desde muy temprano le dieron lugar honroso entre los nobles. Un día estaba cenando á la mesa de los augures con Apio Claudio, personaje consular, antiguo censor y príncipe del senado, el cual le propuso á su hija en matrimonio. Tiberio aceptó, y al volver Apio á su casa, llamó á su esposa desde el umbral de la puerta: «Antistia, le dijo, he dado en matrimonio á nuestra Claudia.» Y sorprendida Antistia, exclamó: «¿Y á qué esa precipitación y prisa tanta? A menos, añadió, á menos que no se la hayas dado á Tiberio Graco.»

Al principio sirvió Tiberio en África con distinción á las órdenes de su cuñado Escipión Emiliano y fué el primero que subió á los muros de Cartago; después (137) siguió á España, con el cargo de cuestor, al cónsul Mancino, cuyo ejército salvó, obteniendo de los numantinos un tratado que negaban al cónsul. El senado anuló el tratado y quiso entregar al enemigo al cónsul y su cuestor, desnudos y maniatados como esclavos; pero el pueblo no permitió que fuera castigado Tiberio por la impericia de su jefe, y sólo Mancino fué entregado á los numantinos.

A su vuelta de España, encontró Tiberio desiertos los fértiles campos de la Etruria, en Roma, una multitud ociosa y hambrienta, no sustentada ya por la guerra (6), y en toda Italia muchos millones de esclavos, que se estremecían al rumor del levantamiento de Euno. ¿Qué remedio contra este triple mal: la miseria y degradación del pueblo, la extensión de la esclavitud y la ruina de los campos? Uno solo: dividir aquellos inmensos dominios que los grandes habían usurpado al Estado, volver á la propiedad á los indigentes y regenerarlos con la virtud del trabajo, expulsar del campo á los esclavos y sustituirlos con operarios libres, cam-

(2) Tolomeo VI, Filometor.

(3) Corn. Nep. Durante su poder, Cayo, con aplauso del pueblo, le erigió una estatua de bronce con esta inscripción: *A Cornelia, madre de los Gracos*.

(4) Plutarco le da treinta años al morir; pero como había sido cuestor en 137, y no se podía llegar á esta magistratura antes de los treinta y uno, hay que darle treinta y cinco cuando llegó al tribunado.

(5) Llábase también esta bella figura la *Lectora*, nombre que le conviene más sin duda que el de Cornelia (*Descripción de las principales piedras grabadas del gabinete del duque de Orleans*, t. II, p. 18 y 41).

(6) Un tribuno decía en tiempo de Cicerón sosteniendo la ley agraria: *Urbanam plebem nimum in re publica posse, exhausturandam esse* (Cic., *de Leg. agr.*, II, 26). Las últimas colonias fundadas fueron la de Luna en 177 y la de Auximum en 157. Desde entonces no se había autorizado ninguna asignación de tierras.



Cornelia (5)